

# Los poetas, con César Vallejo

## Quince de abril de mil novecientos treinta y ocho

Yo tenía ocho años. Estábamos en guerra, pero la primavera estallaba en las Ramblas catalanas. Aferrada a mis trenzas, contemplaba el horror a través de las flores. Miraba y no entendía. En aquel tiempo el mundo era sólo un relato sin final. El Perú no existía, nada sabía de él y menos aún de ti que te acababas dándomelo todo. Y más tarde dijeron que habías muerto.

Cómo es posible que te hayas muerto para siempre, tú que estabas tan hecho para vivir entre los hombres, tú a quien tanto necesitábamos. Cómo es posible que no podamos verte, que no podamos abrazarte, darte calor, consolarte de tantos malos tratos, invitarte a café y charlar un rato. Cómo nos ha podido acaecer este desastre, este absurdo suceso de perderte, esta desolación de abrir un libro y que no estés a nuestro lado. Semejante calamidad no hemos merecido. Porque, César, maestro interminable, si te hubieses quedado, si no te hubieras ido, seguro, segurísimo que te habríamos seguido como un perro, que nada nos hubiera separado de ti, que tu dolor habría sido el nuestro, tu pérdida y tu soledad también. Ay César y Vallejo y peruano universal, ay Cholo, qué infortunio, cómo es posible que el tiempo criminal nos haya golpeado de este modo, qué le hicimos nosotros que éramos niños cuando te nos fuiste y nada le podíamos haber robado a nadie, qué le hicimos para semejante injusticia.

Estábamos creciendo en la terrible España y te necesitábamos y te hubiéramos dado todo cuanto quisieras, y ya teníamos dispuesta para ti una cena infinita, una cena con sol, con pan crujiente y un inmenso mantel, un mantel en donde cupieran todos tus nos, tus todavía y ese llanto

terrible y generoso que nos ha hecho germinar hacia la vida. Padre y maestro mágico, púa audaz de una eterna vihuela subterránea, no puedo consolarme de tu ausencia y escarbo entre las ruinas de mi infancia, entre los estertores de una guerra que descansa por fin encuadrada, y desentierro mis muertos más queridos, éstos que convulsionan mi pobre corazón y todo esto lo hago, remontando mis ruinas venideras, tan sólo por hallarte, tan sólo por escuchar tu voz que nunca oí y que amo tanto.

Quiero creer que en algún sitio, amado ser, amado estar, oírás mi quebranto, escucharás la llamada de la niña aquella y sabrás de qué manera, milagrosa y orgánica, has sido el desayuno inacabable de mi vida, el principio hecho luz y llanto y dolorosa compasión de aquella triste infancia desgarrada que aún arrastro. Lates sobre mi corazón más que la sangre y no quiero dejarte en tu morada oscura. No vuelvas a morirte, no nos dejes. Valor, vuelve a la vida. Y mientras tú regresas, muerto inmortal, seguiremos llorando tu abandono y nunca acabaremos de creer que te nos hayas muerto para siempre, ¿lo oyes, César?

Francisca Aguirre

## París

nunca estuve en París  
y era domingo  
y un gallo en la veleta cantaba  
horrorizado  
los siniestros fulgores de la patria  
nunca estuve en París  
venían heraldos de relucientes capas  
envueltos en el humo de innumbrables cigarros  
traían tajos de muerte en la garganta  
y debajo del peto  
diluvios de carmín  
rosas de otoño

viejos racimos de una tarde vieja  
 que aplastaba su furia en los cristales  
     nunca estuve en parís  
 los campanarios saben  
 por qué sangran a veces las palabras  
 por qué gimen los pétalos terribles de las flores  
 por qué un hombre se entrega a la bebida  
 y un corazón se pudre reptando por las calles  
     nunca estuve en parís  
 y era domingo  
     o jueves  
         y una mujer huidiza  
 arrojaba la sombra de un cadáver con sus pechos de  
 nácar  
     llovía  
         o diluviaba  
             y un crótalo de nieve  
 gruñía montaraz en sus entrañas  
     nunca estuve en parís  
 y ya era tarde  
 y caían puñetazos de todos los balcones  
 y en un vaso de vino  
 ahogué la roja cruz que me abrasaba

Rafael Arjona

## Liturgia dolorida para César Vallejo

Te traigo, César, toda la dolencia de siempre y todavía;  
 la ceniza que viene, la que queda desotro corazón,  
 la universal que aúlla para luego, para antes de ahora,  
 mientras llueve en Perú, llueve en el río  
 de París, y en este instante nos morimos un poco más,  
 morimos mucho menos remachando esta lágrima.

El hombre ha de ser bueno, sin embargo, en Santiago de Chuco,  
 en Tomelloso, elevo tus palabras vegetales de música.  
 No fuese nunca un hombre suficiente sino una multitud,

la procesión entera de los árboles para encender un bosque;  
o en Campo de Criptana está mi firma infantil tristeando  
tanta orfandad tan poca, mucha madre viudísima.

La especie humana arde en un tumulto indígena de miedo.  
De abajo para arriba tú te miras el organismo; miro,  
nos miramos, el cielo de la boca sin estrellas ni pájaros.  
César, amigo, ausculto en tu poesía la congoja de siempre.  
Ay, tanto siempre siempre, mucho siempre, cuando Dios no se ha muerto.

Dobla el dos de noviembre su paisaje, el pañuelo doblamos,  
este doble de nada en que amarillan las viñas de mi tierra,  
Vallejo, como un húmero que duele, no tienen, sírvete,  
agua o madre siquiera mientras tanto las golondrinas unen  
los crujientes versículos del aire como un pan de colores.

Aquí o allá, en los otros aguaceros rompe la vida, César.  
Para llorarnos solos me hace falta tu corazón y el mío,  
tantos golpes como la muerte tiene. El mundo, el nuestro,  
resquebraja sus mapas de impaciencia infinita y salobre;  
pero el cadáver, ay, sigue muriendo, si no le dan la mano  
tantos hombres como juntarse puedan. Paz, sí, paz  
para empezar más último, acabarse más temprano y primero.

Reclutemos hermosos ruiseñores, capulíes y juncos.  
Traigo la luz y el cáliz de la misa para velar el pan,  
y en vez de candelabros, dos cerillas para alumbrar el orbe.  
A tientas nombro apenas con las yemas de mis dedos el júbilo.

Bajo el dolor perfecto de la tarde (perdonen mi tristeza)  
llueve en París, arrecia en Tomelloso, colega y camarada,  
todo este mal, el mal, el mal innecesario, y es ite missa est.  
En Campo de Criptana ha terminado la misa del domingo,  
oh, tu escuálida gramática aturdida donde aprendí las rúbricas.

**Valentín Arteaga**

## Éxodo

Málaga caminando tras de sus pies en éxodo...

C. Vallejo

Me ahogaba yo también con mis palabras cortas  
 por el hambre de un pan que por mí se negaban:  
 me herirían sus migas por la noche, y ya entonces la espiria,  
 el almez, el madroño que me aguardaban fuera,  
 y el toro en el tinado con su hendida pezuña  
 bombardeando el suelo, sacudiendo mi cuarto  
 resguardado por los sacos terreros que empapaban la sangre  
 de aquel río esparcido que nos ahogaba a todos.

María Victoria Atencia

## Relectura de César Vallejo

El golpe que se hundía entre los ojos,  
 aplastadas las aguas manantiales,  
 papel quemado para nunca escrito,  
 un recado de luz y no se escucha,  
 el vaso roto es de cristal acíbar,  
 las sábanas rasgadas de tan solas,  
 el grifo que gotea tiempo muerto,  
 el amor tan sin nombre y tan sin nadie,  
 un trapo de colores descarnados,  
 los libros con las páginas pegadas,  
 verde y azul de abril bajo tiniebla,  
 ya no empiezan ni acaban estas calles,  
 y los heraldos negros insistiendo.

Enrique Badosa

## Con Vallejo en París —mientras llueve

METIDO BAJO UN POEMA de Vallejo oigo pasar el trueno y la centella. «Hay bochinche en el cielo», dice impasible el indio acorralado en callejón de París. Furiosa el agua retumba sobre el techo blindado del poema. *Emprésteme* Abraham, le digo, un paraguas, un cacho de nube seca como el chuño enterrado en la nieve. Estoy harto de no entender el mundo, de ser el pararrayos del sufrir, de la frente al talón. Alguien tiene que tenderme una mano que sea como un túnel por donde al final no haya un cementerio. Dígame, Abraham, cómo se las arregla para parir el poema que es ruana recia del indio, y es al mismo tiempo hombreante poema panadero, padrote semental poema.

Me cobijo, me enclaustro, me escabullo amigo Abraham en este parapeto de un poema suyo donde se puede agüaitar, arriba, el paso del hambre que sale por el mundo a comerse gente carniprieta, a devorar pobres y más pobres, requetecienmil pobres tiritando de hambre. Oiga, Abraham, llamado César como un emperador de toga negra y corona de espinas, ¿cómo se las arregla para tristear sus poemas, si nunca cesa de llover miseria humana, y se nos tuercen todos los tacones de los viejos zapatos, y el agua cala impiadosa los remiendos del poncho? (Y qué risa me da que use usted nombre de imperial romano. Usted tendría que llamarse eternamente Abel o Adán, pero Abraham está bien: la mamacita de usted le llamaba Abrancito y le decía niño no pienses tanto, que en el pobre pensar no sirve para nada, pensar es sufrir más.

Oiga lo que le digo, Abraham:

tanta hambre paso en París que voy al Louvre a comerme el pan y los faisanes de un bodegón holandés. Le arrebató a un hombre de Franz Hals un jarro de cerveza y me harto de espuma. Salgo del museo limpiándome el hocico con el puño cerrado y digo ¿cuándo parará de llover en este mundo, cuándo en el techo de los pobres no rebotarán más piedras, y lloverá maíz en vez de luto? Y agarro el bastón de Chaplin, me subo el cuello de la chaqueta y salgo en busca de un refugio, de un cobijo donde pasar lo que reste de llanto. *Me siento a caminar* por la tristura y vengo aquí al providente amigo a pedirle prestado un jergón para echarme a dormir; déjeme por un siglo no más un poema suyo suyo, testicular semilla, antihambre poema, antiodio poema vallejiano, déme un alarido sofocado por miedo al carcelero, un alarido en quechua o en mandinga pero con techo y suelo donde echarse morir, digo, a dormir, me contradigo, me enrosco, me encucillo, vuelvo a ser feto en el vientre de mi madre; me arrebujo y oigo su rezongar andino sollozante: a París le hace falta un Aconcagua, y voy a lloverle a Dios sobre su misma cara el sufrimiento de todos los humanos.

Alguien dice *carcasse*

y yo digo esqueleto. Hasta de espaldas se ve que está llorando, pero empresta el refugio piadoso que le pido, y me echo a morir, digo, a dormir, acorazado por el poema de Abraham; de César, digo; quiero decir, Vallejo.

Gastón Baquero

## Recado para César Vallejo

Sentándote en el sur del altiplano  
podías haber dicho  
no parto, quienes antes ya vivieron  
aquí me encontrarán, puntual he sido.

Pero ni tú sabías que no estabas  
hecho para quedarte.  
Caminaste al lugar donde las huellas  
no son reconocibles,  
donde tu soledad, la de los tuyos,  
no fue sino una más.

Porque América ha sido —te dijeron—  
la región de los muertos.  
Y tú les respondiste que, vestidos  
de polvo y de memoria,  
los deudos allí siguen y se sientan,  
durante las mañanas,  
con la mirada al lado del crepúsculo,  
por recibir el sol en sus espaldas,  
y transportarlo, en sombra, hacia la vida.

Desde entonces transcurre y acaeces  
sin rencor y sin tregua,  
no solamente sobre las montañas,  
que siempre nos aguardan,  
y no sólo en París, que a nadie espera,  
ni te esperaba a ti.

Desde entonces, la fragua que en las noches  
se enciende tras los Andes,  
ilumina los rostros de los padres  
al repartir el pan y tu palabra.

Alfonso Barrera Valverde

## Muerte según Vallejo

SEGÚN la ciencia un átomo de dolor suficiente  
seguramente idóneo y acaso primigenio,  
estalló y nos tiznó de mundos infinitos.  
De ese suceso cóncavo nació César Vallejo.

Yo no he leído en todos sus libros tartamudos  
ni una sola mentira que explique el universo,  
pero le atormentaban la esperanza dolosa  
y la velocidad que alcanza el sufrimiento.

Sufría sin contrato y abusado de todos,  
escupido en persona y a título de ejemplo.  
¿Cómo opinar después tan olímpicamente  
si nos conducen a algo los agujeros negros?

Se cumplió la sentencia como él la recordaba.  
Los llantos consanguíneos, los términos fraternos,  
concurrieron al acto. Sobre París caían  
unos versos tristísimos en forma de aguacero.

Javier de Bengoechea

## Un hombre solo

Vinieron todos al cadáver,  
aullaron sobre el polvo, dieron voces: «¡Despierta!»  
Pero César Vallejo estaba muerto.

Se le acercaron mil, gritándole:  
«¡Alienta, vuelve, habla!»  
Pero César Vallejo se obstinaba en morir.

Llegaron dos amantes desde su escalofrío:  
«¡Valor! ¡No desfallezcas! ¡Es tan bella la vida...!»  
Pero César Vallejo moría un poco más.

Entonces,  
adelantose uno,



miró de abajo arriba el pálido esqueleto  
y le gritó: «¡Te amo!»

Estremecióse lentamente el polvo,  
rebullóse la tibia, el tarso, el húmero,  
incorporóse al fin la calavera triste  
y vino hacia la masa  
y uno por uno fue abrazando a todos...

**José María Bermejo**

## Cesen los lamentos en el valle

Ave César. A Dios lo de Dios y a ti lo tuyo a ti debido,  
César.

Cesen ya los lamentos. Vallejo un valle en un espejo.  
Un alma sin reflejarse reflejada. Ejo eco señor Vallejo mon-  
sieur Vallon. El dolor reflejo Vallejo. Un mundo nuevo  
por un mundo viejo; trueque de ideas para un complejo  
(¿urbanístico? ¿psicológico?).

Piedad para la ciudad. París y tu perupaís. El cáliz de  
España; y la corola/corona. Tu corazón coronado de vál-  
vulas coronarias. Un buen mal día para la gratitud inversa.

César dolido rescatemos el olvido. Sal al sol que luce  
libertad; parece que suficiente por hoy. ¡Oh tempora oh  
mores! ¿Por qué los socialismos son tan conservadores? Yo  
con servo; siervo contigo, amigo.

Escribo en Navidad, ya sabes, democracia. La piedra  
molar del firmamento desnevándose en cava y llenando  
de agujeros negros las galaxias de la gran conciencia. La  
tiranía de la física se altera un poco con los nacimientos;  
un nombre para cada estrella que puede el hombre recu-  
perar cuando se apague.

Así nosotros muriendo a toda iluminación aunque no  
hayamos brillado nunca. Ni para el mal.

Ahora estás dejando de ser náufrago; se te recoge en ple-  
na Estigia con la lancha de los homenajes. Dale a Caron-  
te vino y que sueñe en la espera. Y recomiéndame par  
cuando, tú lo conocerás, el viaje ese tan dulce de desa-  
parecer.

**Antonio L. Bouza**